

cificó aquella frontera como acababa de hacerse con los países occidentales de la Carolina y de la Georgia.

Charleston, Savannah y algunos puntos menos importantes, dispersados en el litoral, eran entonces las únicas plazas del mediodía que ocupaban las tropas inglesas: estaban reducidas á la defensiva, se hallaban aisladas desde la marcha de Cornwallis á la Virginia, y su situación debía depender de los sucesos que acaeciesen á su alrededor. Hemos visto que hacia ya algunos meses que se habia enviado á Virginia un cuerpo de mil y doscientos Americanos á las órdenes de Lafayette. Habia resistido las primeras incursiones del enemigo, y una de sus hazañas mas felices habia sido la desalvar de las llamas la ciudad de Richmond, que Arnold amenazaba destruir. Habiéndose luego aumentado aquel cuerpo con las tropas del baron de Steuben y del general Wayne, logró contener los movimientos de Cornwallis, y reducirle á ocupar la península bañada por las aguas del York River y del James-River.

El 25 de junio se empeñó un combate cerca de este último rio. Los Ingleses habian establecido su campamento detrás de un pantano que cubria su centro é izquierda: á su derecha se prolongaba un estanque, y no obstante la fuerza de su posición les atacaron los Americanos. Creian tener delante una parte de las fuerzas británicas, y Cornwallis habia hecho correr el falso rumor de que el James-River le separaba del resto de sus tropas. Sus hábiles maniobras envolvieron luego las dos alas de los Americanos, los derrotó y quedó dueño del campo de batalla.

En seguida maniobró Cornwallis en ambas orillas del rio: no parecia que hubiera determinado plan alguno de operaciones generales: unas veces se acercaba este jefe á Portsmouth y otras maniobraba en las riberas del York-River: queria establecer en un puerto un punto seguro de comunicacion entre él y el general Clinton, que le debia enviar de Nueva York nuevos refuerzos; y

por fin se decidió á fijar en York-Town su cuartel jeneral y concentrar sus fuerzas en aquel punto.

Allí iba á tener que resistir los esfuerzos de los aliados cuyas tropas estaban reunidas cerca de Williamsburgo: todos aquellos cuerpos abandonaron su campamento el 28 de setiembre, y pasaron á cercar á York-Town. Ocho mil Americanos ocupaban la derecha, y siete mil Franceses la izquierda: formaban al mediodía de la plaza una larga línea de circunvalacion, cuyas dos estremidades se apoyaban en el rio: tambien fué bloqueado el apostadero de Gloucester, situado en la orilla opuesta, á fin de quitar á Cornwallis todo medio de retirarse pasando de un lado á otro. El bloqueo, puesto á la entrada del York-River por algunos buques de la escuadra francesa, privaba á los sitiados de toda comunicacion con el mar; y rodeado Cornwallis en esta posición por todos lados, solo trató de prolongar su defensa para aguardar los auxilios que le podrian suministrar el general Clinton y el almirante Graves.

Las obras exteriores de York-Town eran muy estensas, y debian cubrir todas las cercanias de la plaza: pero aun estaban incompletas cuando se vino á formalizar el sitio; y no creyendo Cornwallis posible defenderlas, las abandonó en la noche del 29 de setiembre. Pronto se situaron en ellas los sitiadores, se abrió la trinchera el 7 de octubre; fué trazada una primera paralela, y luego se descubrieron setenta y seis bocas de fuego. Habiendo sido atacados siete horas despues dos reductos avanzados, el uno por Viomenil y el otro por Lafayette, fueron ambos tomados espada en mano, y sirvieron de puntos de apoyo para la segunda paralela. La plaza fué estrechada mas y mas, y los sitiados intentaron una vigorosa salida en la noche del 15; pero fueron rechazados. Las baterías continuando su fuego rompian las estacadas; destruian los atrincheramientos y abrian profundas brechas; y entonces quiso Cornwallis atravesar el rio

para refugiarse en Gloucester; pero el mal tiempo se lo impidió: sus recursos estaban agotados, y no pudiendo prolongar mas su resistencia, pidió, el 17 de octubre, una suspension de armas. Este dia era el cuarto aniversario de la capitulacion de Burgoyne; y la de Cornwallis se firmó el 19 del mismo mes. Fueron inmediatamente ocupados dos reductos de la plaza, el uno por un destacamento americano y el otro por unos granaderos franceses: las guarniciones de York-Town y Gloucester quedaron prisioneras de los Estados Unidos, y todos los buques fueron entregados á la marina de Francia. La infantería inglesa salió con las armas al hombro, tambor batiente y banderas desplegadas; la caballería espada en mano y tocando las trompetas; todas las tropas desfilaron entre las fuerzas americanas y francesas, fueron á depositar sus armas delante de los apostaderos, y solo los oficiales conservaron sus espadas. Cornwallis sufria demasiado ó estaba demasiado rendido para poder presentarse; marchaba á la cabeza de la columna el mayor general O'Hara, y cuando presentó su espada al general francés, Rochambeau le manifestó que debia tomar las órdenes del general Washington: este recibió su arma y sela de volvió. Los Ingleses habian perdido mas de setecientos hombres; y el número de los prisioneros de guerra pasó de seis mil y seiscientos, incluso los heridos (véase la lámina 70).

La capitulacion de Burgoyne y la de Cornwallis fueron los acontecimientos mas memorables de la guerra de América: ambas pérdidas privaron al enemigo de todas sus ventajas, y en un dia destruyeron las esperanzas que habia concebido. En el curso de la guerra como en todos los demás asuntos humanos, hay ocasiones que conviene aprovechar: el jenio militar las prevé y las sigue; y si las casualidades de la fortuna le contrariasen lo suficiente para inspirar una confianza ciega á sus enemigos y hacerles arrojarse temerariamente á empresas mas arriesgadas, goza de su seguridad, fatiga

a sus vencedores, y se abre paso á través de sus efimeros triunfos, hasta el terrible momento de las represalias, en que lo ha dispuesto todo para abatirles y sepultarles en sus glorias.

Siete dias despues de la capitulacion se presentó á la entrada del Chesapeake una escuadra inglesa de veinte y ocho navios de línea; enviada de Nueva York con cuatro mil hombres de tropas, pero se retiró luego que supo este suceso.

Las tropas de tierra y la escuadra francesa habian tenido una parte tan gloriosa en esta expedicion, que deseando el congreso honrarles en las personas de sus jefes, ofreció al conde de Rochambeau dos cañones y al conde de Grasse otros cuatro tomados al enemigo: monumentos preciosos en que fueron grabados sus nombres y el recuerdo de sus servicios. Habiendo el almirante francés cumplido su encargo, volvió á hacerse á la vela el 4 de noviembre para regresar á las Antillas con las tropas que habia traído al continente; pero permanecieron las de Rochambeau, y tomaron el 14 del mismo mes cuarteles de invierno en York-Town, Hampton, y Williamsburgo. Las tropas americanas fueron enviadas á la Carolina y conducidas por el general Lincoln á los Estados del Nuevo Jersey y Nueva York; y Washington pasó á Filadelfia para acordar con el congreso los preparativos de la campaña inmediata.

En estos momentos de reposo fué cuando el marqués de Chastellux, mayor general del ejército de Rochambeau, hizo con varios oficiales franceses un viaje en el interior de la Virginia hácia Monticello, donde Jefferson dedicaba al estudio de las ciencias los ratos que tenia libres de los asuntos públicos, hácia los rústicos valles que atraviesa el *Puente natural*, hácia esas comarcas del James-River que han conservado la memoria de los primeros colonos de la Virginia y de Pocahontas su bienhechora. Ya Chastellux habia visitado el invierno anterior los Estados situados entre el Rhode-Island y la

Pensilvania: estudiaba entonces los países, en cuya defensa debían tener parte las tropas francesas, y había recorrido en este reconocimiento militar todos los puntos en que habían establecido los Americanos sus principales apostaderos, y todos aquellos célebres por alguna acción, desde Saratoga al Brandywine y á Germantown.

El conde de Grasse, conduciendo su escuadra á las Antillas, quería pasar primero á la Barbada: vientos contrarios se lo impidieron; causaron grandes averías en su arboladura, y el almirante fué á anclar el 26 de noviembre delante del Fuerte Real de la Martinica. Se hallaba á la sazón ausente el marqués de Bouillé: se había embarcado hacia algunos días con mil y doscientos hombres para volver á tomar la isla holandesa de San Eustaquio, de la que se habían apoderado los Ingleses; y no obstante que solo pudieron saltar en tierra como unos cuatrocientos hombres, se encaminó hácia el fuerte con tal rapidez, que la guarnición mandada por Cockburn fué sorprendida en el glasis haciendo el ejercicio. Sobrecojida por un ataque tan brusco, quiso retirarse al fuerte; pero el caballero de Frene, mayor del regimiento Real Franco-Condado entró mezclado con ellos, seguido de sus cazadores y los del regimiento de Auxerrois: luego que hubo pasado mandó levantar los puentes levadizos para impedir el regreso de las tropas que quedaron fuera del recinto, y haciendo rendir las armas á los que ya estaban dentro, se encontró dueño de la plaza, mientras el marqués de Bouillé obligó á los otros cuerpos á rendirse. Este general mandó devolver á los Holandeses un millon que les había pertenecido y estaba aun depositado en casa del gobernador, volvió á apoderarse, algunos días despues, de las islas de Saba y San Martin, y así acabó esta gloriosa campaña por los servicios hechos á los aliados de la Francia.

Bajo los mismos auspicios se abrió la campaña de 1782; y haciéndose á la vela el conde de Kersaint para la

Guyana holandesa, fué á recuperar los establecimientos de Demerary, Berbice y Essequibo.

Luego que reparó sus averías la escuadra del conde de Grasse, este almirante volvió á abrazar el proyecto de atacar la Barbada; pero fué acometido por ráfagas tan violentas, que tuvo que volver al fuerte Real; de tal manera fueron perseguidas algunas de sus embarcaciones por los vientos de sudeste, que les fué preciso alcanzar los atracaderos de las islas de San Eustaquio y de Santo Domingo. Entonces los vientos contrarios hicieron renunciar á la expedición proyectada, y algunos días despues levantó las áncoras la flota para intentar la conquista de la isla de San Cristóbal con tres mil quinientos hombres, mandados por el marqués de Bouillé. El 11 de enero desembarcaron estas tropas en *Basse-Terre*, hácia la mitad de la costa meridional, y marcharon luego sobre Brimstone-Hill, cuya altura y fortaleza dominaban Sandy Point, situado á la estremidad occidental de la isla.

La necesidad de reemplazar una parte de la artillería y de las municiones que el naufragio de un buque les había hecho perder, hizo retardar los trabajos de la trinchera, y en este intervalo se vió aparecer la escuadra del almirante Hood, que venía, con dos mil cuatrocientos hombres embarcados en la Barbada y en Antique, á introducir algunos socorros en la plaza. Al momento salió el conde de Grasse de la rada de Sandy Point, donde se hallaba á la sazón, para alejar á las embarcaciones inglesas; y el almirante Hood, replegándose delante de él hasta las aguas de la pequeña isla de Nevis, se aprovechó luego de un viento de este para volver á fondear en la gran bahía de las Salinas, que empieza al sudeste de San Eustaquio: en vano la atacaron las embarcaciones francesas en su atracadero, y mil y trescientos hombres que desembarcó el almirante inglés en la costa inmediata, obtuvieron al principio algunas ventajas contra un cuerpo de tropas aisladas;

pero la aproximación de un destacamento mas numeroso los decidió á volver á la flota. Continuaba el marqués de Bouillé apresurando con actividad los trabajos del sitio de Brimstone Hill; y cuando sus baterías hubieron derribado el revestimiento de las primeras murallas, el comandante de la plaza pidió una suspensión de armas, y obtuvo una capitulación que fué firmada el 13 de febrero. Constaba la guarnición de setecientos y cincuenta hombres de tropas disciplinadas y de trescientos hombres de milicia; salió con los honores de guerra.

La escuadra del conde de Grasse continuaba bloqueando la inglesa en la bahía de las Salinas: pero habiendo aquel dejado su estación el 20 de febrero para ir á recibir hácia la isla de Nevis un convoy de víveres que le estaba destinado, se aprovechó el almirante Hood de su alojamiento para abandonar el fondeadero que ocupaba y para ganar precipitadamente la alta mar. No se conocieron sus movimientos; la escuadra se alejaba viento en popa con una profunda oscuridad; y los vijias de las fragatas francesas que cruzaban á alguna distancia tomaron los fuegos, que había encendido en sus boyas cuando cortaron los cables por los de la misma flota. Los marineros mas experimentados alabaron esta feliz estratagemá, con cuya ayuda pudo el almirante Hood salir de una peligrosa posición en que le habían bloqueado momentáneamente fuerzas muy superiores.

Cuando terminada la expedición de San Cristóbal, el marqués de Bouillé dejó allí una guarnición francesa, una escuadra, mandada por el conde de Barras, fué dirigida sobre la isla de Mon-Sarrat que capituló con las mismas condiciones y la armada volvió á la Martinica.

Hasta entonces acertadas combinaciones habían favorecido las operaciones de la guerra en las Antillas; y la Francia y la España se disponían á reunir allí cincuenta buques de guerra y veinte mil hombres para atacar la Jamaica, mientras que la Gran-Bretaña hacia nuevos es-

fuerzos para recobrar la superioridad en aquellas aguas. En Inglaterra habían cambiado las opiniones sobre la dirección que se debía dar á las hostilidades: había prevalecido el partido de la oposición; y en lugar de continuar una guerra ofensiva contra los Americanos y en el continente de los Estados-Unidos, fueron por grados acomodándose á la idea de su independencia, y los Ingleses quisieron dirigir todas sus fuerzas contra la Francia y sus aliados. Se desplegó una nueva actividad en todos los trabajos de los astilleros; cada armada iba á ser reforzada, la primera que se aumentó fué la de las Antillas; y á fines de febrero fueron diez y siete buques de guerra, mandados por Rodney, á unirse á los del almirante Hood, y aumentaron hasta treinta y seis velas la escuadra británica que tuvo entonces Rodney á sus órdenes. Sus cruceros al oriente de este archipiélago no pudieron interceptar un convoy de víveres, despachado de Brest para la Martinica; y en seguida fué á fondear en las aguas de Santa Lucía para hallarse en situación de seguir todos los movimientos del conde de Grasse, cuya escuadra constaba de treinta y tres embarcaciones. Estaba destinada esta armada á la expedición de la Jamaica, iba á escoltar ciento cincuenta buques de transporte ó de comercio, de los cuales había una parte cargada de municiones de guerra; y cuando el 8 de abril salió de la Martinica con la mira de dirigirse á Santo Domingo, donde debía reunirse á las fuerzas de Solano, el almirante Rodney en persona se apresuró á abandonar su apostadero, para ir á toda vela contra la escuadra francesa que encontró la mañana siguiente entre la Dominica y la Guadalupe. Allí hubo en el mismo día un combate entre las dos vanguardias; las otras divisiones navales no estaban en situación de tomar parte en él; fueron desamparadas muchas embarcaciones; se alejaron para aparejarse; y el conde de Grasse se aprovechó de esta primera ventaja para acelerar la marcha de los buques de convoy

que debían llevar municiones á Santo Domingo. Se habían dirigido estos buques sobre la Guadalupe, cuando se avistó la escuadra británica y á media noche se volvieron á hacer á la vela para llegar á su destino.

Después de este combate se dirigió el conde de Grasse al canal de las Santas, para pasar luego al viento de la Deseada, y subir hacia Santo Domingo; pero pronto fué debilitada su escuadra por muchos accidentes sucesivos. En la noche del 10 chocó el *Zelé* con el *Jason*, y le causó tales averías, que fué preciso volverlo á la Guadalupe, con otro buque dañado con la explosión de un cañón; de tal manera había sufrido que su marcha se entorpeció con este accidente. Podían estos buques caer en poder del enemigo, y el almirante quiso volar á su socorro. En la jornada del 11 logró librarlos, pero el *Zelé*, fatal instrumento de ruina, chocó aun en la noche siguiente con la *Ville de Paris*. Las nuevas averías que este choque le hizo experimentar obligaron á que fuese remolcado por otro buque: y el conde de Grasse, queriendo protegerlo, se encontró cerca de la escuadra enemiga y empeñó, el 12 de abril, un combate naval, que fué el más funesto de todos los que la Francia había dado en estas aguas. Ambas escuadras habían estendido sus líneas, y se encontraban la una de la otra á medio tiro de cañón. La vanguardia francesa y la mitad de la escuadra del centro fueron muy maltratadas en sus aparejos; la variación del viento, que pasó repentinamente al sudeste, desbarató el orden de batalla y permitió á Rodney cortar por en medio la línea opuesta. La *Ville de Paris*, que ocupaba esta posición, fué pronto atacada por muchas embarcaciones reunidas: habían ya perdido sus aparejos algunos buques que la precedían inmediatamente, y se habían rendido, después de un sangriento combate. Los otros buques que debían seguir al almirante, hasta aquellos que le servían de pilotos, se hallaban distantes de él y fué envuelto con mucha facilidad. El conde de Grasse, después de ha-

ber combatido desde las ocho de la mañana hasta la noche, bajo un fuego terrible que había destruido sus arboladuras, sus maniobras y una gran parte de su tripulación, no teniendo ya municiones y no pudiendo prolongar su defensa, ni perecer bajo los golpes del enemigo, tuvo la desgracia de arriar su pabellón. Esta presa del navío almirante completó la victoria de Rodney. Habían sido destruidos cinco buques franceses; otros que cayeron en poder de los Ingleses, estaban tan maltratados que se fueron á pique algunos días después, y otros quince buques que se libraron de este desastre, á las órdenes del marqués de Vaudreuil, llegaron sucesivamente á Santo Domingo. El 25 de abril este jefe de escuadra echó áncoras en el Cabo Francés, y allí encontró once buques españoles, como igualmente las tropas destinadas al ataque de la Jamaica; pero esta isla iba á ser socorrida por fuerzas navales muy superiores; fué preciso renunciar á la expedición proyectada, y Solano volvió con su escuadra á la Habana.

Sin embargo la fortuna quiso mezclar con tan grandes pérdidas algunos acontecimientos favorables; se recobró la isla de Roatan que ocupaban los Ingleses hacia más de dos años, y las islas Lucayas, donde generalmente encontraban sus corsarios un refugio; muchos convoyes, aguardados en Europa, se hicieron felizmente á la vela bajo buenas escoltas; y una escuadra, mandada por Perouse, fué enviada á la bahía de Hudson y allí destruyó los establecimientos y las factorías de la compañía inglesa. El marqués de Vaudreuil volvió al mar con trece buques de guerra; iba á completar en la rada de Boston la reparación de sus averías y recibió de los Americanos todos los socorros que se podía esperar de su fiel amistad. Habiéndose estrellado contra las rocas cercanas á la entrada del puerto uno de sus buques, maltratado ya en el combate del 12 de abril, el congreso de los Estados-Unidos regaló al rey de Francia el buque la *América* que acababa de hacer construir.

Recibió este gobierno con suma aflicción la noticia de los reveses del conde de Grasse; no había entibiado su celo, ni en favor de la defensa de la patria, ni del mantenimiento de su unión con la Francia; y aunque la Inglaterra le hubiese entonces manifestado intenciones más pacíficas, el congreso resolvió no negociar arreglo alguno sin la participación de su aliado.

Entonces sir Henry Carleton había reemplazado á Clinton en el mando de las tropas británicas; y este general, célebre ya por sus servicios en el Canadá, tenía que dirigir todas las operaciones de la guerra; pero no se le enviaba refuerzo alguno, y se mantenían en la defensiva los diferentes apostaderos que ocupaban los Ingleses en la Carolina. Siempre permanecían en su poder Charleston y Savannah; de ellos habían hecho sus plazas de armas por la parte del mediodía; y las tropas esparcidas por los alrededores tenían muchas escaramuzas con las del general Greene. El 11 de julio de 1782, fué evacuada la posición de Savannah, y los Ingleses no ocupaban ya más que Charleston en los Estados del Sud; pronto insinuaban la intención de abandonarla, y si permanecieron allí algunos meses más, fué sin llevar á ella nuevas fuerzas. Suspendieron sus incursiones hacia el interior; los Indios no fueron ya escitados á cometer hostilidades en las fronteras; y como estas regiones no parecían ya espuestas á volver á ser el teatro de la guerra, las tropas francesas, que habían quedado en Virginia pasaron, á fines del verano, á los estados del Norte para hallarse más al alcance de las riberas que aun podían ser amenazadas.

La Francia, después de haber conquistado en las Antillas una parte de las posesiones inglesas, esperaba á su vez inquietudes por sus propias colonias; no les protegía ya la presencia de una armada; y era preciso hacer nuevos esfuerzos para reparar sus pérdidas: Luis XVI quiso lograrlo y fué secundado en esta generosa resolución por el concurso de todas las clases del reino.

Se pusieron en los astilleros doce buques de alto bordo; regalaron voluntariamente otros muchos los dos hermanos del rey, los estados de Borgoña, las ciudades de París, Lyon, Burdeos y Marsella y otras grandes administraciones, y esta emulación de celo manifestó al gobierno que podía prolongar con nuevos y fecundos recursos una lucha en que era sostenido por la opinión de todo un pueblo.

Esta guerra no había cambiado de objeto; su fin constante era hacer reconocer la independencia americana; pero la Francia, al adquirir aliados en Europa; se había aun impuesto otras obligaciones para con ellos, quería defender sus dominios, favorecer sus empresas y unirlos por su propio interés á la causa de los Estados-Unidos. De este modo se había encontrado la España empeñada en su querrela, hasta antes de haber reconocido su independencia; los ayudaba con sus diversiones y ocupaba una porción de las fuerzas que la Inglaterra había dirigido contra ellos. Muchas expediciones dirigidas hacia el mediodía de la Europa, ó hacia otras aguas más lejanas, hicieron conocer que todas las operaciones de una guerra tan estensa estaban estrechamente unidas, y que al negociar un día las condiciones de la paz se tendrían que equilibrar las ventajas y los reveses, en cualquier parte del mundo que hubiesen acontecido.

Desde la liga de la neutralidad armada, el corso marítimo, más contrariado por la parte del norte, se había dirigido hacia el mediodía. Los armamentos ingleses que pasaban al Mediterráneo, encontraban en la isla de Menorca un lugar de asilo y de reunión, desde donde se estendían por todo el mar occidental que baña las costas de España, de Francia, de Italia y de una parte del Africa. El gobierno español formó el designio de apoderarse de esta isla, y el 9 de agosto de 1781 desembarcó en ella un cuerpo de nueve mil hombres que salieron de Cádiz, á las órdenes del duque de Cri-

llon. Su principal fortaleza era el fuerte de San Felipe; los atrincheramientos, las minas, las casamatas y los fosos estaban formados en la misma roca, eran difíciles los ataques, y la plaza tenía muchas cercas unidas entre sí por galerías subterráneas. Primeramente se limitaron á cercarla; se necesitaba mayor número de tropas para bloquearla, y esperaron que llegasen de Francia los rejimientos del Lyonés, de Bretaña, de Bouillon y de Real Sueco; entonces se adelantaron con actividad los trabajos del sitio: el 6 de enero de 1782 se descubrieron ciento cincuenta bocas de fuego que batieron la plaza sin interrupción, durante veinte y nueve días. Las bombas sobre todo le causaron tantos estragos que fué preciso hacer retirar la guarnición y los heridos á las casamatas, donde pronto se declaró una furiosa enfermedad epidémica; alcanzó á casi toda la guarnición; faltaban recursos; ya no había bastantes brazos para defenderla; y el 4 de febrero entregó el general Murray la plaza por capitulación. La rendición del Puerto Mahon y del fuerte San Felipe que la defendía, acarreó la de la isla entera, y puso á la España en posesión de uno de los mas hermosos puertos del Mediterraneo.

La brillante victoria que acababa de conseguir el duque de Crillon decidió á la corte de España á que le confiara la dirección del sitio de Gibraltar, cuyo cerco estaba empezado hacia ya mas de diez y ocho meses. Fácilmente se hubiera podido completar el bloqueo de tierra con el establecimiento del campo de San Roque; pero era difícil interceptar todas las comunicaciones marítimas, y Gibraltar había recibido por esta vía numerosos recursos; son inaccesibles las peñas que dominan el estrecho, y la ciudad, que se estiende por debajo de esta montaña escarpada, está defendida por muchas líneas de atrincheramientos. Constaba la guarnición de siete mil hombres; tenía una numerosa artillería; era gobernador de la plaza el general Elliot, y su habilidad

y valor debían adquirir en ella un nuevo brillo.

Cuando estuvieron reunidas todas las fuerzas de los sitiadores, se quiso probar á la vez un ataque por mar y tierra. Fueron á tomar parte en él el conde de Artois y el duque de Borbon, que llegaron al campo el 14 de agosto; muchos oficiales franceses habían pedido licencias por favor, para ir al sitio de Gibraltar; y entre los que solicitaron y obtuvieron esta gracia, citarémos á la Tour de Auvernia, este intrépido oficial que, diez y seis años despues, mereció el honor de ser nombrado primer granadero de la república, cuando la Francia ensayaba aquella forma de gobierno.

Mientras que cuarenta mil hombres ocupaban el campo de San Roque y una artillería de cerca de doscientas piezas iba á retumbar contra Gibraltar, diez baterías flotantes debían atacar los atrincheramientos de la ciudad baja: cada una de estas baterías tenía la forma de un ponton ó de un buque raso, cuyos costados estaban revestidos con un segundo casco de tablones y maderas fuertes, guarecidos de las bombas. Entre este blindaje y el cuerpo del buque se podía introducir, por medio de bombas, tanta agua como se quería, para apagar las balas rojas que hubiesen podido penetrar en este intervalo; una profunda capa de arena, en donde se infiltraba el agua, servía para conservar allí una humedad constante, y estas vastas máquinas de guerra, de las cuales llevaba cada una de nueve á veinte y cuatro piezas de artillería, eran primeramente tenidas por imposibles de ser hundidas; el coronel Arson, uno de los mas hábiles ingenieros franceses, había trazado su plan, y el general Moreno estaba encargado de dirigir las maniobras de las mismas: pero no se dejó al inventor tiempo para perfeccionar su obra; y en lugar de calafatear con mas cuidado el mismo cuerpo de estos buques, para hacerlos impermeables, rehusaron tener jeneralmente agua entre ambos bordajes, cuando se fué conociendo que

penetraba en los costados de los buques y que les esponía á irse á fondo. Era esto privarse de toda seguridad contra el incendio, y no tuvieron bastantes medios para resguardarse de él.

En la noche del 13 de setiembre debía verificarse un ataque jeneral, y las baterías flotantes fueron puestas en movimiento; pero no concurren todas á los lugares de fondeadero que les estaban señalados; no se hallaron todas en estado de atacar con las mismas ventajas, y las tres primeras, que eran las mas avanzadas, se hallaron espuestas á todo el fuego del enemigo. Una bala roja, que vino á alojarse entre los costados y el blindaje de una batería, la incendió inmediatamente; otras dos espermentaron la misma suerte; la mayor parte de los hombres que las montaban perecieron entre las aguas y las llamas; y las tripulaciones de las otras siete baterías flotantes, á las cuales aun no había alcanzado el fuego, se desalentaron á la vista del primer desastre: se aprovecharon de las chalupas que cruzaban en las cercanías para alejarse de estos pontones, despues de haberlos incendiado. Entonces se abandonó un ataque tan infructuoso y tan funesto, y los sitiadores se concretaron á bloquear la plaza por la parte de tierra, y á continuar sus cruceros para interceptar por mar todos los convoyes. La armada, mandada por don Luis Córdoba, estaba apostada en las aguas de Aljeciras, pero los vientos contrarios la alejaban algunas veces de allí, y la impidieron oponerse al paso del almirante Howe, que logró penetrar en el estrecho y hacer entrar, el 18 de octubre, un convoy en Gibraltar. Dos días despues volvió á llegar al Océano, despues de haber cumplido su misión; y el combate que entonces se vió obligado á sostener con Córdoba no fué jeneral: solo pelearon la vanguardia y la retaguardia de cada escuadra: pues ambos cuerpos de batalla, se hallaban muy distantes entre sí para poder tomar parte en esta acción. El almirante Howe, que tenía menos número de buques, evitó un

nuevo encuentro, y prosiguió su navegación hácia la Mancha.

Las expediciones marítimas que acabamos de recordar no absorbian todos los recursos de la Inglaterra; esta potencia había hecho estos armamentos contra los Holandeses; y la invasión inesperada de sus colonias, los primeros ataques contra su comercio, habían ocasionado muchos combates entre sus fuerzas navales. El 5 de agosto de 1781, en las aguas del Dogger's-bank, tuvieron un combate los almirantes Hyde Parker y Zoutman. Escoltaba este último con siete buques de guerra un convoy holandés, despachado para el Báltico, cuando le encontró una escuadra inglesa que contaba el mismo número de velas; la acción que se empeñó fué muy viva por ambas partes; no cesó hasta que ambas escuadras estuvieron enteramente desamparadas. Aun quedaban los almirantes en presencia el uno del otro sin poder renovar el combate, y finalmente Hyde Parker volvió á los puertos de Inglaterra, y Zoutman hizo volver á entrar en el Texel sus buques de guerra y su convoy.

Muchos meses antes de este acontecimiento, otra escuadra británica, á las órdenes del comodoro Johnstone, se había hecho á la vela para atacar la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza: ya había llegado á Santiago, una de las islas del cabo Verde, y estaba fondeada en la bahía de Praya, cuando avistó la escuadra francesa del baillío de Suffren, que había sido igualmente despachada para el Cabo, donde iba á llevar socorros de hombres y municiones. Queriendo Suffren asegurar la navegación del convoy que le acompañaba, le mandó continuar su camino bajo la escolta de la corbeta *la Fortune*, mientras que él iría á empeñar el combate con la flota enemiga. Va á echar el áncora delante de ella con dos de sus embarcaciones; las otras tres continuaban con las velas puestas; y como no pueden guardar con precisión ni sus distancias ni su orden de batalla, las dos primeras se encuentran espuestas á todo el fuego

de la escuadra inglesa, que procura envolverlas. Mientras duraba el combate, aléjanse los buques de transporte; y cuando no pueden ya ser cogidos, corta Suffren sus cables, se interna mar adentro y se une á sus otros buques de guerra. Entónces se vuelve á formar en línea, y está pronto para batirse de nuevo; pero Johnstone, despues de haber salido de la bahía para observarle, vino luego á su antiguo fondeadero: tenia que reparar sus averías; y prosiguiendo su viaje los buques franceses, llegaron el 21 de junio al cabo de Buena Esperanza. Esta escuadra fué luego alcanzada allí por el convoy que se habia separado, y su llegada precedió á la del comodoro inglés, que, desesperanzado de atacar aquella colonia, solo logró apoderarse de algunos barcos mercantes holandeses, que estaban en la bahía de Saldagna, y regresó á Europa con sus presas.

Una nueva campaña iba á abrirse mas allá de estas lejanas aguas: la guerra se habia propagado en todas las partes del Océano, porque en todas ellas habia colonias que conquistar ó defender; y esta estension de hostilidades ponía á los beligerantes en la precision de dar un aumento extraordinario á sus construcciones navales: sobre todo era muy difícil completar las tripulaciones; y no hallando ya la Inglaterra tantos estrangeros que emplear; tuvo que ejercer en sus puertos con nuevo vigor la leva forzada de los marineros: la Francia recurrió á su marina mercante, á la de sus barcos pescadores y á sus tropas de tierra, para completar la tripulacion de sus numerosos buques: sus primeras campañas por mar habian formado oficiales, y continuaron haciéndose notables por sus eminentes servicios. Mas de una vez se observó que entre los hombres valientes se levantaban hombres llamados, por su carácter y jenio, á dominar la turba, á arrastrarla en sus proyectos y á hacerla participar de las grandes acciones que han concebido: de este número era el bailío de Suffren, uno de los gloriosos adornos de la marina francesa.

La escuadra que habia llevado al

Cabo pasó en seguida á la isla de Francia, donde se reunian las fuerzas destinadas á obrar en el mar de las Indias; y cuando salió de aquella isla, el 7 de diciembre de 1781, contaba doce navíos de línea; los transportes que escoltaba tenian á bordo tres mil soldados y muchos bastimentos.

Suffren servia entónces á las órdenes del conde de Orves; pero este general, en el instante de morir, le entregó el mando el 3 de febrero de 1782; y subiendo el nuevo jefe de escuadra á lo largo de las costas de Coromandel, prolongó su reconocimiento hasta veinte leguas al norte de Madrás, y volvió en seguida hacia Pondichery. Los Ingleses ocupaban entónces la última plaza, todos los puertos de la India y Trincomale en la isla de Ceylan: solo estaba abierto á Suffren el mar, y necesitaba un puerto que pudiese servirle de plaza de armas habitual; pero este abrigo le iba á ser disputado; debia conseguirlo á fuerza de combates; y habia salido de Madrás, en la misma direccion que la francesa, una escuadra británica, mandada por el almirante Hugues. Hubo una accion entre las dos escuadras, el 20 de febrero, al norte de la isla de Ceylan, y ambas partes sufrieron bastantes averías. La inglesa pasó en seguida á Trincomale, donde tuvo por conveniente establecer su apostadero, y la francesa llegó á Porto Novo en la costa de Coromandel.

Ayder-Ali estaba entónces en guerra con los Ingleses, y su hijo Tippoo-Saib acababa de destrozarse, cerca de Trichenapali, un cuerpo de tres mil hombres que esperaban en Madrás. El bailío de Suffren se aprovechó de esta diversion; recibió de Tippoo-Saib un refuerzo de dos mil Cypayos, y se apoderó en seguida de Goudelour: adquisicion preciosa, que le suministró un fondeadero seguro para su escuadra, y un punto fortificado, cuyos atrinchamientos podia aumentar en caso necesario.

Durante el combate naval, sostenido por Suffren en estas aguas, se habian separado los buques de transporte que llevaba bajo su escolta: los

unos habian ido á parar en Tranquebar, situado á la mitad de Porto Novo, y los pudo recoger con facilidad; los otros, buscando un abrigo mas lejos, habian ganado las costas meridionales de la isla de Ceylan: Suffren marchó á socorrerles. Esperaba encontrar la escuadra inglesa á la altura de Trincomale: y cuando la hubo avistado, las dos escuadras tuvieron, el 9 de mayo, otro combate, de cuyas resultas el almirante Hugues volvió á la bahía de Trincomale para reparar sus averías, mientras que el bailío de Suffren pasaba al puerto de Batecalo, mas al mediodia. Allí se le reunieron los transportes que le habian dejado recientemente, y otros buques despachados de la isla de Francia con cargamentos de víveres y municiones: Suffren llevó sus convoyes á Goudelour, punto central de sus operaciones. Se propuso volver á tomar la colonia holandesa de Negapatnam, de que se habian apoderado anteriormente los Ingleses: pero el almirante Hugues le habia tomado ya la delantera para llevar socorros á aquella plazaa: acababa de anclar delante del puerto, y Suffren se apresuró á buscarle para darle otra accion. En ella fueron muy maltratadas ambas escuadras, y en seguida se separaron: los Ingleses se retiraron bajo la proteccion de las baterías que tenian en la costa, y pasaron despues á reparar sus averías á Madrás: los Franceses arribaron á Karical, de donde regresaron á Goudelour.

Este combate acaeció el 25 de julio: y Suffren, combinando con la habilidad de los planes marítimos una celeridad de ejecucion, aun mas necesaria por la vijilancia de sus enemigos, volvió luego á hacerse á la vela para ir al encuentro de un convoy nuevo de tropas, víveres y municiones que le enviaban de la isla de Francia: lo alcanzó cerca de Batecalo; y aprovechando luego este refuerzo para ir á sitiar Trincomale, desembarcó dos mil y cuatrocientos hombres á la entrada de la península en que está situada esta plaza. Por el vigor del ataque podia conocerse el resultado; se abrió inmediatamente la trinchera, y el fuego de las ba-

terías fué tan vivo y mortífero, que el comandante inglés, no pudiendo prolongar su resistencia, fué precisado á capitular el 30 de agosto. La guarnicion constaba de trescientos Europeos y cuatrocientos Cypayos: obtuvo los honores de la guerra y fué enviada á Madrás.

Tres dias despues de la conquista de la ciudad, de los fuertes y de las baterías que no habian podido defender la bahía de Trincomale, se avistó la escuadra inglesa que venia á traer socorros. Suffren se hizo tambien á la vela para buscarle: le alcanzó el 3 de setiembre; y despues de un combate de algunas horas, en el cual sufrieron mucho varios buques de las dos escuadras en sus aparejos, arboladura y línea de agua, el almirante Hugues volvió á hacerse á la vela para Madrás, y el bailío de Suffren entró en la bahía, puso Trincomale en estado de defensa, y fué á depositar en Goudelour una parte de los refuerzos que habia recibido.

Los daños sufridos por ambas escuadras exijian reparaciones, é iban á causar una suspension de hostilidades. Suffren, aprovechando este descanso para atravesar el golfo de Bengala, pasó á Achem, al norte de la isla de Sumatra: iba á la vez á llevar socorros y reparar sus averías: y cuando vió que no estaban amenazadas las colonias holandesas de las islas de la Sonde, volvió á fijar su crucero en las aguas de Orixá y de Coromandel, de donde pasó á Trincomale. El marqués de Bussy llegó al mismo punto, algunos dias despues, con dos mil y quinientos hombres y un convoy de municiones que traía de la isla de Francia; y estos refuerzos le permitieron continuar la lucha con feliz éxito, contra las nuevas fuerzas que iba á desplegar la Inglaterra en las Indias orientales.

Sin embargo, aunque la tempestad se estendia con violencia en estos países lejanos, se calmaba en los de América, donde habia principiado la guerra. Cada dia iba á menos la actividad de las operaciones militares: la Inglaterra no habia aumentado el número de las tropas que ocupaban aun á Nueva York, Char-

leston y algunos puntos menos importantes; y su jefe había manifestado varias veces la disposición del gobierno británico á tratar de la paz con todas las potencias, y ante todo á reconciliarse con los Americanos. El congreso mismo deseaba restablecer la paz; pero mientras estaban inciertas las condiciones, velaba sobre la defensa de la patria y los medios de sostener con honor sus derechos. La Inglaterra solo había dado á los Estados-Unidos el nombre de colonias ó plantaciones de América, en las primeras proposiciones de paz que les hizo: esto era espresar aun pretensiones á la supremacía, y era preciso que se la obligase á renunciarlas. Por otra parte se sabía que la Inglaterra, tratando de negociar aisladamente con cada uno de sus enemigos, había ya probado de reconciliarse con la Holanda por medio de la Rusia, y que había hecho otras proposiciones de paz á la España y á la Francia. Si hubiese conseguido romper un primer lazo de la alianza formada contra ella, era de temer que se mostrase menos conciliadora con los demás beligerantes.

Las circunstancias pues eran aun difíciles, y los Estados Unidos daban aun grande estimación á la cooperación de la Francia; le dieron en estos momentos de crisis pruebas constantes de su sinceridad, y apesar de los grandes embarazos de su hacienda, reconocieron y consagraron, por un convenio de 26 de julio de 1782, las obligaciones pecuniarias que habían contraído con ella. La Francia les había prestado en diferentes épocas, desde la conclusión de su tratado de alianza, una suma de diez y ocho millones de francos: se había hecho garante de un empréstito de diez millones que habían negociado en Holanda: hasta les había hecho los adelantos, y su disposición amistosa hacía ella se reconoció tambien en los arreglos que hizo para fijar el modo y términos de los reembolsos. Consintió en solo recobrar por doze y anualidades los diez y ocho millones que había prestado: el primer plazo de este pago solo debía empezar tres años despues de firmada la

paz; y la Francia les hizo gracia de todos los intereses hasta el día en que aquella se firmase, y convino tambien en que no cobraría sino por décimos, desde 5 de noviembre de 1787, los diez millones que había garantizado y adelantado.

El empréstito hecho por los Estados Unidos en Amsterdam, solo tenía el carácter de un simple contrato concluido con negociantes, y no establecía aun relaciones políticas entre los dos pueblos, pero las preparaba: John Adams, enviado plenipotenciario americano en Holanda, supo aprovechar con habilidad esta primera ventaja, para lograr de los estados jenerales que reconociesen la independencia de los Estados Unidos. Esta declaración se hizo el 19 de abril de 1782, y luego propuso el negociador un tratado de amistad y comercio.

John Adams hizo valer al principio el respeto y reserva que habían inducido á los Americanos á no querer arrastrar en su querrela á un pueblo que deseaba conservar la paz y la neutralidad, y que esperaba con esto formar un principio de prosperidad y grandeza. Pero cuando la Inglaterra había ya empezado bruscamente sus hostilidades, y las posesiones holandesas eran atacadas por todos lados, el congreso ya no tenía motivo para diferir una union y enlace de intereses tan deseados por ambas repúblicas. Los Americanos tenían gusto en recordar que los primeros colonos del Massachusett y los estados vecinos, habían hallado en Holanda un asilo contra las persecuciones religiosas, antes de pasar al nuevo mundo: la memoria de esta protección y hospitalidad movía aun su reconocimiento. El Nuevo York y el Nuevo Jersey habían recibido de la Holanda sus primeros habitantes: habían vivido bajo sus leyes, y sus costumbres conservaban numerosas señales de este origen. Tenemos placer, decía John Adams, en reconocer que los hombres que fundaron la independencia de las Provincias Unidas, son los que se han propuesto por modelos los Americanos: ambas naciones tienen formas análogas de

dades entre ambas potencias.

LIBRO UNDÉCIMO.

CONVENIOS PRELIMINARES Y TRATADOS DE PAZ CONCLUIDOS POR LA INGLATERRA CON LOS ESTADOS-UNIDOS, LA FRANCIA, LA ESPAÑA Y LA HOLANDA.—LICENCIAMIENTO DEL EJÉRCITO AMERICANO Y RENUNCIA DE WASHINGTON.—CREACION DE LA SOCIEDAD DE CINCINATUS.—FORMACION DE MUCHOS ESTADOS AL OCCIDENTE DE LOS APALACHES.—TRATADOS CON LOS INDIOS.—REVISION DEL PACTO FEDERAL.—PRESIDENCIA DE WASHINGTON Y PRIMEROS ACTOS DE SU ADMINISTRACION.

Los tratados de paz que finalizaron la guerra de América, ofrecieron grandes lecciones á los gobiernos y á los pueblos. Hasta entonces no se había visto en sus sangrientos debates mas que luchas de ambicion, conquistas y pérdidas de territorio; las naciones adictas á su suelo cambiaban frecuentemente sus señores, y los hombres y el terreno seguían una suerte comun. Aquí se llama á un nuevo pueblo á la existencia; va á constituirse y á darse leyes, y de este principio de vida y de independencia van á nacer grandes instituciones que se extenderán, sin intervalos, á las comarcas vecinas, y que engrandecerán el dominio y poder de la confederacion americana.

La Inglaterra reconoció la libertad, la soberanía y la independencia de los Estados Unidos, en el convenio que hizo con ellos el 30 de noviembre de 1782. Su territorio, cuyos límites se señalaron, fué separado de la Nueva Escocia por el rio de Santa Cruz y del Canadá, por la cadena de alturas que dividen el vertiente de las aguas entre el Océano Atlántico y el rio San Lorenzo. Despues de haber llegado esta línea al manantial del Connecticut, debía seguir su curso hasta el grado cuarenta y cinco de latitud, y dirigirse luego hacia el oeste hasta el San Lorenzo: subiría el alveo de este rio, atravesaría todos los grandes lagos de orien-

gobierno: se parecen por la conformidad de las creencias religiosas, por la libertad de conciencias, por la de opiniones y de industria, y por un movimiento progresivo hacia todas mejoras. La historia de un pueblo es igual á la del otro: no hay en Holanda hombre alguno ilustrado que no apruebe las causas de la independencia americana: si las condenase temeraria que negaba las acciones mas gloriosas de sus antepasados.

Además une á los dos pueblos el gran interés del comercio, vínculo tan poderoso de las relaciones nacionales. La Holanda ha apurado sus recursos en el movimiento de su navegación, en la actividad de sus negociantes, y la abundancia de sus capitales: este comercio le es necesario, y los Estados Unidos favorecerán su desarrollo con las riquezas de su territorio y la variedad de sus cambios.

Todas estas consideraciones, presentadas con arte por los negociadores americanos, determinaron á la Holanda á concluir, el 8 de octubre, un tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos; sus bases fueron parecidas á las de su convenio con la Francia, y en él se consagraron tambien los derechos de los neutrales, de la libre navegación y del pabellon.

Durante esto, se observaba por todas partes una tendencia jeneral hacia el restablecimiento de la paz; las negociaciones empezadas entre los beligerantes, hacían progresos de día en día; la seguridad empezaba á renacer, y en América se apresuraban á licenciar una parte del ejército. Las tropas británicas acababan de abandonar á Charleston; ya solo ocupaban Nueva York y algunos apostaderos vecinos al Hudson, y en el continente americano no se necesitaba ya el cuerpo de ejército del conde de Rochambeau, que había empezado su embarque. Finalmente se allanaron todas las dificultades de este arreglo, y el 30 de noviembre de 1782, los plenipotenciarios de la Inglaterra y de los Estados Unidos, firmaron en Paris un convenio preliminar, que iba á poner un término á las hostili-